

Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según san Lucas 2,22-35

Texto y comentario: BIBLIA DE LA IGLESIA EN AMÉRICA



22 Cuando, conforme a la Ley de Moisés, se cumplió el tiempo de la purificación de ellos, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor, 23 según está escrito en la Ley del Señor: *Todo primer hijo varón deberá ser consagrado al Señor*, 24 y para ofrecer un sacrificio como lo ordena la Ley del Señor: *Un par de palomas o dos pichones*.

25 En Jerusalén había un hombre justo y piadoso llamado Simeón

que esperaba el consuelo de Israel y el Espíritu Santo estaba sobre él. 26 El Espíritu le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías del Señor. 27 Conducido por el mismo Espíritu, Simeón fue al Templo y, cuando los padres introdujeron a Jesús para hacer por él lo que se acostumbraba según la Ley, 28 Simeón tomó al niño en sus brazos y bendijo a Dios diciendo:

29 «Señor, ahora puedes dejar partir a tu servidor en paz, según tu palabra. 30 Porque mis ojos han visto tu salvación, 31 la que dispusiste a la vista de todos los pueblos, y es luz que se revela a los paganos 32 y da gloria a tu pueblo, Israel».

33 El padre y la madre estaban sorprendidos por lo que se decía del niño. 34 Después de bendecirlos, Simeón dijo a María, la madre: «Mira, este niño está puesto para que muchos caigan y se eleven en Israel, y como un signo que provocará enfrentamientos, 35 para que queden de manifiesto las intenciones de muchos. Y a ti, una espada te traspasará el alma».

Palabra del Señor

”Espero en el Señor, lo espero con toda mi alma; estoy a la espera de su palabra”. (Sal 130,5)



Cuarenta días después del nacimiento del hijo, la madre debía someterse al rito de la purificación, según lo mandaba la Ley (Lv 12,1-8). Sin embargo, Lucas no habla de una purificación de María, sino de la purificación «de ellos». De esta forma, Lucas se refiere a la profecía de Malaquías: «El Señor entrará en su Templo [...] limpiará a los descendientes de Leví y los purificará» (Mal 3,1-3).

El Templo y todos los sacrificios quedan purificados con la entrada de Jesús, porque él es la verdadera morada de Dios entre los seres humanos (Jn 2,18-22) y el único sacrificio aceptable para Dios (Heb 9,11-14). Más tarde, casi al fin de su ministerio, Jesús volverá a entrar al Templo y lo purificará, expulsando a los vendedores (Lc 19,45-46).

El anciano Simeón representa a los profetas de Israel, que esperaban el consuelo de Israel, es decir, la redención por parte de Dios. El cántico de Simeón, llamado *Nunc dimittis* en latín, alude a varios textos de la segunda parte del libro de Isaías o Déutero-Isaías (Is 40-55; ver 42,6; 52,10), llamado el «Libro de la consolación de Israel» por la forma como se inicia: «*Consuelen, consuelen a mi pueblo –dice el Dios de ustedes–*» (Is 40,1). El cántico de Simeón es, en realidad, el canto de despedida de todos los profetas de Israel, que dan por cumplida su tarea y pueden retirarse a descansar en paz, porque ha llegado la salvación que ellos anunciaron.

La profetisa Ana, por su parte, representa a los piadosos de Israel, que sirven al Señor con oraciones y ayunos. María, que en otros textos de Lucas asume la figura del pueblo de Israel en la etapa final de su historia, representa al pueblo que, desde la aparición de Jesús hasta hoy, permanece dividido como por una espada (Lc 2,35).



PARA MEDITAR, ORAR, CONTEMPLAR Y VIVIR LA PALABRA DE DIOS...

1. *¿Qué dice el evangelio del niño, Jesús?*
2. *Según el relato, ¿cómo se describe a Simeón?, ¿qué esperaba ver antes de morir?, ¿cuáles son los anuncios que hace a María?*
3. *¿De qué manera la figura de Simeón puede ayudarnos a salir al encuentro del niño, dejándonos conducir por el Espíritu, para experimentar que la salvación ha llegado hasta nosotros?*
4. *Hagamos un momento de silencio para acoger y gustar la Palabra en el corazón... Demos gracias a Dios por su Palabra... nos dejamos conducir por ella en la cotidianidad de la vida...*